

MIGUEL IGNACIO PURROY

La posibilidad de adoptar un curso económico retrógrado e intervencionista se ha ido alejando, aunque, dependiendo de los avatares políticos, nunca puede descartarse cien por ciento.

de ocho meses:

¿Cuándo saldremos de la recesión? ¿Se empieza a mover la economía? ¿Tiene ya el gobierno un programa económico? ¿Tenemos todavía problemas fiscales? Estas son las preguntas que se hace la gente en la calle y, la verdad, no es fácil responderlas. Si nos atenemos a las cifras de desempleo, la gestión del gobierno de Chávez no ha podido ser peor. La opinión de los analistas económicos, sobre todo los externos, ha sido muy negativa, a veces hasta insultante. Pero si vemos algunos indicadores macroeconómicos, como la inflación, el déficit fiscal o el tipo de cambio, la gestión pudiera calificarse de exitosa. Es verdad que la duplicación en apenas cuatro meses del precio del petróleo hubiera hecho milagros en cualquier gobierno, pero también es cierto que la gestión fiscal ha sido muy conservadora. Ni Camdessus hubiera sido tan ortodoxo como la llave Chávez-Giordani.

¿Retorna la confianza?

¿Por qué, entonces, la recesión? Yo creo que han confluído dos factores. El primero, tiene que ver con la escasa experticia del equipo de gobierno. Algunos provienen del mundo académico, otros nunca han ocupado posiciones gerenciales exigentes y otros tienen poca preparación o muchos prejuicios. Ahora, después de ocho meses, es que empiezan a medio aterrizar. Aquí reside la explicación de por qué ha habido tal carencia de ejecutorias. La loable prudencia a nivel macro no ha sido acompañada de un manejo eficiente de los problemas micro, que son los que a la postre afectan el empleo y el bolsillo de la gente. De ahí que se haya producido esa contradicción entre lo macro y lo micro.

El segundo factor ha sido la desconfianza. Los agentes económicos todavía no creen en Chávez. Han sido excesivas las insinuaciones amenazantes y las proclamas de izquierdismo trasnochado proferidas por él, antes y después de lle-

prudente en lo macro, inexperto en lo micro

gar al poder. En cuestiones de fama y de credibilidad, uno puede tardar años en construir las, pero basta un minuto desdichado para destruirlas. El dinero es muy cobarde y no se olvida de quien algún día, en algún momento de ira, lo amenazó. A quien ha tenido este tipo de actitudes o gestos amenazantes se le exige luego pagar una larguísima penitencia de buenas ejecutorias, antes de restituirle la confianza. Esto es lo que está pasando entre Chávez y los poderes económicos, tanto internos como internacionales. Los más benevolentes han asumido la actitud de ver y esperar, mientras que los más temerosos empezaron a despedir su personal y a bajar sus santamarías desde que se supo de su triunfo.

Aun cuando estas actitudes no cambiarán básicamente hasta que termine el proceso constituyente y la reelección de poderes, se vislumbra en la últimas semanas un cambio positivo de percepción. El Gobierno, en especial su jefe, ha moderado su discurso y sus acciones. El punto clave de inflexión ha sido la aceptación de la convivencia con el moribundo Congreso. Desde el exterior se le hizo saber a Chávez que ésta era la prueba de fuego para demostrar su apego al Estado democrático de derecho. De no superarla satisfactoriamente, la consecuencia hubiera sido el aislamiento político y económico. Adicionalmente, el Gobierno le ha visto las orejas al lobo de la recesión. Se está dando cuenta que el desempleo le puede causar mucho daño político y que hay ciertas normas elementales que deben respetarse, si se quiere que la economía funcione. Los viajes al exterior le están siendo muy útiles al jefe de Estado para seguir progresando en este proceso de aprendizaje de lo que se puede y lo que no se debe hacer en materia económica.

Lo decíamos en el "Balance 1999 y Perspectivas 2000", publicado aquí en enero: las claves para calibrar el rumbo del nuevo gobierno eran el manejo del déficit fiscal, su relación con los finan-

cistas internacionales y la tentación de regular excesivamente la economía. En todos esos campos la actitud gubernamental ha sido prudente, aun antes de sentirse la mejoría del negocio petrolero. La posibilidad de adoptar un curso económico retrógrado e intervencionista se ha ido alejando, aunque, dependiendo de los avatares políticos, nunca puede descartarse cien por ciento. La nueva constitución tampoco parece que vaya a incorporar los exabruptos que se temían.

Una recesión sin precedentes

El cambio de percepción ha sido ayudado también por la mejoría sensible de los indicadores macroeconómicos. Nuevamente el maná petrolero ha caído del cielo para aliviar nuestras penurias. Pasemos revista brevemente a lo que ha sido la coyuntura económica de los últimos meses.

La caída de la actividad económica en el primer trimestre del año fue terrible. En el segundo trimestre se detuvo la caída, pero el nivel del producto interno bruto (PIB) de fines de junio ya había disminuido cerca del 10 por ciento respecto al mismo mes del año anterior. Después de haber tocado piso, en el tercer trimestre el nivel de actividad ha mostrado una leve mejoría con respecto al segundo trimestre. Entre los sectores que han repuntado se encuentran las telecomunicaciones, la construcción y el comercio. Comparando año con año, sin embargo, se espera que en 1999 el PIB caiga entre 6 y 7 por ciento respecto al año anterior, muy por encima del crecimiento cero que esperaba el Gobierno.

El desempleo experimentó un salto dramático en los primeros meses del año. De poco más de un millón de desempleados "formales" —es decir, sin contar el subempleo informal—, se pasó a cerca de 1.600.000 (un 16 por ciento de la fuerza laboral). Muchos sitúan la

tasa de desempleo más arriba, pero el hecho significativo aquí es la pérdida de empleo de medio millón de personas en pocos meses. En cualquier otro país, este salto hubiera causado una revolución social.

La menor cantidad de empleos remunerados y el pequeñísimo aumento salarial de mayo —inferior a la inflación pasada— han causado una disminución del poder adquisitivo de la población, con la consiguiente merma del consumo, incluso de alimentos esenciales (—10 %). Esta contracción de la demanda de consumo ha creado una espiral descendente viciosa, porque las empresas se han visto obligadas a acometer reducciones adicionales de personal al no tener mercado para su producción. Por la desconfianza antes mencionada, tampoco ha habido demanda de bienes y equipos para inversión.

Sobreajuste del gasto público

Y por si esto fuera poco, el Gobierno y PDVSA se han sumado a esta espiral perversa reduciendo drásticamente su nivel de gasto. No solamente revisaron en marzo los presupuestos hacia abajo (un 10 por ciento el Gobierno), sino que ni siquiera han gastado el nuevo monto presupuestado. Según declaraciones del Ministro de Hacienda, hasta fines de agosto PDVSA apenas había ejecutado un 30 por ciento de su presupuesto anual, que ya de por sí es cuatro quintas partes del gasto de 1998. Durante el primer semestre, el gasto real del gobierno central ha sido tres cuartas partes del ejecutado en el primer semestre de 1998. Aquí reside la principal causa de la caída de la actividad económica.

Probablemente por inexperiencia y por falta de sistemas de monitoreo, el sector público se ha "sobreajustado" en el gasto, razón por la cual ha potenciado enormemente el impacto recesivo derivado del mercado petrolero y de la incertidumbre política. Chávez y su